

LA VIAJERA

La viajera llega con su paraguas.
Debajo de la mesa
mis mejores amigos discutiendo sobre el terreno.
«Recuerdas el drama aquel de «El mayor monstruo los celos».
Tengo una sobrina hecha de escayola.
Alcánzame ese libro encuadernado en piel fina».
Y en la calle están paralizados los peatones,
riéndose en sus propias barbas
del resultado de la cosecha.
Este frío es el frío de la conversación,
el esfuerzo para matar el silencio
que llega del pasillo andando lentamente.
Aquí estuvo mi padre tendido en una cama
con sus treinta y cuatro años catalogados.
para enseguida decir «Adiós, os dejo una cuchara y esta hoja de servicios,
no tengo tiempo para acompañaros.
Me libro de la guerra».

Con el dedo señalo
«Este café está frío,
no tiene azúcar suficiente».
Es una señora enlutada
de ademanes y voz autoritaria
—no excesiva—
quien mueve la cabeza
como si quisiera indicarme que soy muy joven aún
para opinar de cosas importantes.
Me levanto para saludar a una camisa y a una corbata con alfiler elegante,
para besar un guante perfumado,
y me inclino en una reverencia
buscando entre la punta de dos zapatos
la recompensa merecida a tantos días solitarios,
a tanto pensamiento de muchacho vagabundo.

Es necesario pedir excusas y reclamar modestamente
La luz eléctrica no alumbra con suficiencia,
hay que preparar las velas de familia,
aquel hachón grande que no se gastó por completo en los funerales de la abuela,